

# El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares. I.

*Por J. MALUQUER DE MOTES.*

Medio siglo de intensas investigaciones en la Península Ibérica han acumulado una serie de datos arqueológicos, de tal densidad, que sin llegar a lo deseado permiten ya un intento de reconstrucción de la evolución de las sociedades prehistóricas españolas y de sus culturas, como también la valoración de gran parte de los elementos étnicos que integran el substrato peninsular.

Para la recta comprensión de este ensayo hace falta tener presente la especial estructura geográfica de la Península Ibérica, su relativo aislamiento del resto de la masa continental europea y su proximidad al Africa, aunque separada de ella, por el Estrecho, cuya fuerza separadora, bien escasa, según comprueban los hechos históricos, viene aún disminuída durante el Cuaternario, por el valor, aún no bien conocido, de las regresiones marinas, que disminuyeron considerablemente la actual separación de ambas orillas.

Del mayor interés es la existencia de la alta Meseta, arcaica y paleozoica, poco modificada en sí a lo largo del Cuaternario y sólo retocada por erosiones locales, algunas, cierto, de gran amplitud, que actúan sobre el sistema central, donde hubo focos glaciares de poca potencia y en continuo retroceso, pero suficientes para modificar algunos aspectos morfológicos del escenario humano. La exten-

sión de la zona de trañas modificó también sensiblemente el paisaje de amplias comarcas occidentales de la meseta.

Otro de los aspectos interesantes de la meseta es, precisamente, su marcada inclinación hacia el Atlántico, que regula el curso de las aguas en la actualidad, que responden en esencia a la misma red cuaternaria. Destaca, por su valor, la brecha representada por el valle del Jalón, único curso de la meseta, que, tributario del Ebro, forma parte de la red hidrográfica mediterránea. Su cuenca juega desde los primeros momentos un papel importantísimo en la circulación humana y constituye el camino natural obligado de penetración a la meseta desde el Norte.

El borde oriental de la meseta, agreste y abrupto, difícil de atravesar, incluso con los medios de transporte modernos, marca una de las características más importantes del suelo hispano y constituye una zona de refugio de gran valor. Por el contrario, el borde meridional de Sierra Morena, si a veces sólo es practicable por pasos difíciles, como Despeñaperros, presenta a lo largo de su desarrollo zonas de fácil penetración, en particular hacia su sector occidental, primero con el curso del Guadiana, luego con el declive de la meseta.

Al Norte, la súbita elevación del sistema cantábrico, que aísla y protege a la meseta, marca una separación clara entre la orla litoral cantábrica y esta orla es transitable por ambos extremos: por el Oeste gallego, con más o menos dificultades, y por la depresión oriental vasca.

Marcado valor tiene el desarrollo de los sistemas periféricos. El Pirineo, sólo practicable cómodamente por ambos extremos, constituirá, según los diversos momentos geográficos, una barrera importante, que a partir del final cuaternario se convierte más y más en zona de refugio, que modela con características especiales a las poblaciones que en ella se asientan y que sólo lentamente asimilan aportaciones periféricas. La amplia cuenca del Ebro orientada al Mediterráneo, formará una unidad con la orla litoral valenciana, constituyendo, a pesar de las sierras litorales catalanas, una verdadera unidad, que puede oponerse a la que representa la meseta de orientación atlántica.

El sistema periférico bético, a pesar de su altitud y de constituir un foco importante de glaciaciones, parece que su papel activo desaparece con el Cuaternario, para quedar reducido a la función limitadora de la depresión bética, que a pesar de su orientación atlántica quedará estrechamente conectada con el mundo medite-

rráneo, bien que dispuesta a transformar cuantos elementos reciban con su poderosa personalidad.

### *La población cuaternaria*

Las primeras manifestaciones humanas en la Península pertenecen, sin duda, al complejo industrial del Paleolítico inferior, en particular al conjunto de industrias bifaciales del achelense, entre las que aparecen destacados, claros elementos clactolevalloisienses. La distribución de estas industrias sobre el mapa nos muestra focos de población potente y relativamente numerosa, perviviendo durante milenios en los mismos espacios. Existen con carácter dominante unas áreas de población activas, con gran densidad de hallazgos, y otras pasivas, con escasas muestras de la presencia humana y aún completamente desprovistas de todo dato. Hay casos en los que esta vaciedad podrá atribuirse a falta de investigaciones; en otros, sin embargo, como la orla levantina, este argumento no es válido, pues constituye una de las zonas más densamente exploradas.

Las dos áreas activas más importantes se hallan situadas: una en la meseta inferior, zona del Manzanares, en la que puede decirse que las terrazas fluviales son un yacimiento arqueológico ininterrumpido. En esta zona tiene su arraigo una población muy antigua, con claros elementos chelenses (abbevillienses), que aun apareciendo rodados y en posición *derivada* sus lugares de procedencia son inmediatos. Los intensos trabajos de H. Obermaier, H. Breuil, Wernert, Pérez de Barradas y J. Martínez Santa Olalla, aún sin aclarar muchos problemas concretos, constituyen un conjunto de datos utilizables, que permiten afirmar la gran antigüedad del foco central y su relativa densidad humana; prueba de ello son los cientos de miles de instrumentos que cada día se descubren y que nos muestran, junto con la vitalidad del grupo, su larga pervivencia sobre este territorio privilegiado.

El otro foco activo lo constituye toda la orla litoral portuguesa del Occidente y del Sur, por lo menos hasta la desembocadura del Guadiana. El estudio de las playas fósiles de este territorio occidental permite establecer bien esta área primitivísima de población peninsular, de la que los arqueólogos portugueses nos intentan dar incluso su cronología relativa, hecho de la mayor importancia también para el intento que nos proponemos.

Resulta de estos estudios, que desde el achelense inferior, por lo menos, las playas del Occidente son habitadas de modo permanente por una población numerosa y que muchas de estas industrias fue-

ron luego *fosilizadas* por transgresiones marinas, que obligaban a un retraimiento de estas poblaciones, al ocupar el mar los lugares habituales donde residían.

La retirada de estas poblaciones se efectúa hacia el interior de la meseta, *ascendiendo* por el declive, utilizando los caminos naturales señalados por la red hidrográfica.

Básicamente, estos dos centros activos: el central y el del litoral atlántico, son los que nos interesan más directamente. Existen numerosos núcleos intermedios, que nunca alcanzan la potencia y pervivencia de aquéllos, pero que señalan claramente sus caminos de desplazamiento.

El problema inicial básico de procedencia de estas primitivas poblaciones del Paleolítico inferior es difícil y no podrá darse por definitivamente resuelto hasta la total aclaración del problema general del Paleolítico en todo el Antiguo Continente. Desechada la autoctronía peninsular por carecer de todo indicio, incluso circunstancial, ya que nada abona la posibilidad de buscar el lugar de origen del género humano en nuestras tierras, quedan dos horizontes: el europeo y el africano, para buscar el origen *mediato* de nuestras industrias.

Es proverbial la riqueza de las industrias líticas francesas y buena prueba de ello es la persistencia de la nomenclatura gala, indicadora de ser el país vecino la cuna de las investigaciones prehistóricas. El desconocimiento del continente africano, hasta hace pocos años en este aspecto, hacía que para nada se tuviera presente su existencia, y en el afán de buscar un origen a la población europea occidental del Paleolítico inferior, se indicaba un camino centroeuropeo y se buscaba su origen en las lejanas regiones asiáticas, primero sin intento de mayores precisiones; luego, al conocerse la presencia de industrias bifaces en la India, hacia las zonas del sudeste asiático.

Referente al nexo genérico de las industrias hispanas, de las francesas se hacían dos tipos de consideraciones: una basada en la igualdad tipológica de los útiles, sin que existieran las pruebas necesarias para indicarnos los caminos por los que aquellas poblaciones pasaran a nuestras tierras. En el valle del Ebro, p. e., escasamente aparecían yacimientos con industrias que pudieran considerarse como pertenecientes a este horizonte cronológico. Por otra parte, se desconocían aún la densidad de las industrias portuguesas, que si bien son conocidas desde antiguo, la falta de datos stratigráficos, sólo conseguidos con la valoración de las playas fósiles a partir de 1940, y el tosquísimo aspecto de su tipología, hacía inapro-

vechables, ya que llegaron incluso a atribuírse a horizontes mucho más tardíos, postcuaternarios. Así, pues, en relación a los restantes focos europeos, las industrias hispanas constituyen el final, y dentro de ellas, las portuguesas su proyección más occidental.

La existencia del horizonte africano hoy adquiere un alto valor; la proximidad de un horizonte entero, activo, ocupado por poblaciones que conocen técnicas idénticas, merece subrayarse. Hay que pensar siempre en un Africa cuaternaria, con un aspecto geográfico muy distinto del actual, en el que no existía aún la inmensa zona neutra, representada por el desierto sahariano.

Puestos a contribución ambos horizontes, el europeo y el africano, para explicarnos la filiación de las industrias peninsulares, cobra todo su valor la posición geográfica y su distribución. Por un lado tenemos el importante foco central, por otro el atlántico, que puede seguirse muy bien por las zonas meridionales. Las playas cuaternarias con industrias han sido estudiadas en la orilla derecha del Guadiana, hasta su desembocadura. La orilla izquierda no ha sido aún investigada bajo este aspecto, pero ningún dato geológico permite suponer que exista una rotura en dicha zona y que el sistema de playas no continúa hasta la zona del Estrecho.

Nada parecido ha sido señalado aún en la mayoría de las costas gallegas y cantábricas, aunque en realidad no hayan sido investigadas con esta finalidad por los geólogos. Sin embargo, parece fuera de duda que la orla cantábrica estuvo habitada durante el paleolítico inferior, como se comprueba en los niveles de la cueva del Castillo.

Núcleos menos densos que el portugués o el central aparecen en distintos lugares buscando siempre los cursos de los ríos y así, los hallaremos en los alrededores de Salamanca, siguiendo la ruta del Tormes, con una industria acheleo-musteriense.

En toda la zona litoral mediterránea nada parecido puede señalarse. Las densas prospecciones en las zonas levantinas y del subeste no muestran una prueba concluyente que permita afirmar la presencia de población numerosa en el paleolítico inferior. Hay que señalar, sin embargo, la existencia en el litoral del Nordeste de una playa hundida submarina (cabo de Creus), cuyo estudio arqueológico no se ha realizado.

Con los datos de cronología relativa actualmente en vigor podemos aceptar provisionalmente que las industrias de la zona atlántica son inicialmente más antiguas que las del centro. H. Breuil y Zbyszewski las retraen al siciliense, lo que nos inclina a aceptar la filiación genética africana a dichas industrias. Con ello podemos in-

tentar la reconstrucción provisional de las primeras poblaciones de nuestro suelo.

Grupos de cazadores muy primitivos pasarían el Estrecho durante la primera glaciación, en un momento de regresión marina con desarrollo de amplias playas, y circularían por la orla occidental atlántica, de modo preferente, constituyendo los primeros núcleos humanos peninsulares. Frente a la inhóspita meseta, con sus focos glaciares, que en las primeras glaciaciones hubieron de ser importantes, la orla portuguesa ofrecería condiciones excelentes para la vida humana. Los cambios climáticos, con el aumento de la temperatura al determinar el lento cambio de flora y fauna, sería una de las causas de la penetración hacia el interior de la Meseta, de la población humana, dando lugar a la formación del núcleo central del Manzanares, que en parte corresponde a etapas interglaciares.

No precisa explicar detalladamente este fenómeno, del que no poseemos más precisiones antes del establecimiento de cronologías relativas firmes, pero parece aceptable la idea de este flujo y reflujo de la población de las zonas periféricas a las interiores, es decir, occidente atlántico hacia el centro y viceversa.

En este proceso cabría explicar la proyección de estas poblaciones por la brecha del Jalón, camino que las llevaría al valle del Ebro, que en las etapas interglaciares constituiría un tipo de terreno no apto para la vida humana. Quizás derivaría de este tipo de movimiento una posible proyección hacia Europa, por los pasos del Pirineo occidental, pero creemos más posible el que dicha proyección se efectuara desde la zona atlántica, siguiendo los derroteros costeros hasta ocupar la zona cantábrica, pues en etapas posteriores este camino aparece bien comprobado.

La densidad de población durante el cuaternario en las zonas centrales tiene una explicación clara y responde en esencia al hecho indiscutido de la continuidad de dichas poblaciones durante la última glaciación, que a pesar de afectar a la meseta en su paisaje y en su fauna, no llegará a constituir obstáculo demasiado grave a la continuidad humana. La persistencia de estas poblaciones durante la glaciación würmiense parece fuera de duda y a ello responden las culturas del paleolítico superior, que aparecen bien documentadas en el Manzanares.

Con la abundancia de datos arqueológicos de la etapa musteriense el problema humano se complica. Por un lado las industrias levaisomusterienses tienen una amplia difusión, aunque no en yacimientos suficientemente densos para poder intentar una explica-

ción de geografía humana. Vemos dichas (industrias, tanto en los dos centros de gravedad anteriores (Centro y Oeste), como en el Norte (cuevas cantábricas), en el N. E. (Capellades), Levante (Cova Negra)) y en el Sur (Gibraltar). Sin embargo, poseemos ahora los primeros restos óseos humanos de carácter neandertaloide bien manifiesto, que nos muestran cómo esta raza tuvo también su extensión por la Península, aunque no podamos fijar ni sus caminos ni su real conexión con las diversas industrias atribuibles a dicho horizonte cronológico.

### *Las poblaciones del Paleolítico superior*

La población "musteriense" del Oeste de Europa, como es bien sabido, convive con el cambio climático, que lleva a la última glaciación, es decir, que las poblaciones musterienses, cuya economía se basó en un principio en la caza de animales de clima templado, tuvieron que adaptarse a las nuevas condiciones impuestas por un clima frío, hasta convertirse en cazadores de *Ursus*, característica de uno de los estadios del würm.

Al propio tiempo, inventa el hombre la primera industria ósea conocida, con la que contribuye de una manera decisiva en la lucha de adaptación al medio. A partir de este momento poseemos gran caudal de datos, que nos permiten entrever las distintas influencias que gravitan sobre la Península.

Destaquemos la temprana aparición de dos elementos en zonas bien destacadas: uno *auriñaciense*, de tipo europeo; otras, *grave-tienese*, probablemente de inspiración africana, aunque con un desarrollo netamente hispano. El centro de gravedad, por lo que sabemos, ha variado ahora y del Oeste y Centro (pasa por una parte al Sudeste y Levante, y por otra al Norte cantábrico).

Durante la última glaciación recordemos la estructura de la Península, delineada antes; la acción glacial cubre en el Pirineo, *grosso modo*, en el momento de máxima, todas las cotas superiores a los 1.000 metros. Lo mismo puede decirse de la zona cantábrica, y en ciertos valles las lenguas glaciares descienden hasta cotas mucho más bajas. El glaciario en la Meseta, aunque menos acentuado, cubre ciertamente zonas amplias.

El Pirineo se hace infranqueable por su centro, quedando tan sólo practicables los pasos orientales y la depresión vasca. La orla costera cantábrica queda así unida al sudoeste de Francia, por la Aquitania al valle del Garona, enlazándose con la Dordoña, centro de desarrollo cultural importante de las poblaciones auriñacienses, que se extienden por toda ella, constituyendo el norte peninsular

una zona (de extensión francocantábrica, con hallazgos bien documentados en las cuevas vascas, santanderinas y asturianas, donde aparece una facies industrial, artística y cultural, que nada se diferencia del conjunto francés.

La penetración posible de estos elementos por la depresión vasca hacia la cuenca del Ebro y hacia la Meseta Norte, así como su extensión por Galicia y litoral atlántico, es aún bastante hipotética. El terreno arcaico y paleozoico del occidente, sin cuevas, hace que sólo por azar se conozcan restos en estas amplias zonas, poco exploradas. Algunos tipos líticos, de los conjuntos del Manzanares, hacen sospechar que en efecto, hubo penetraciones, sin que puedan llegar a ser bien precisadas.

Tampoco desde el punto de vista antropológico las investigaciones en las cuevas cantábricas han sido afortunadas. Ningún resto humano importante puede atribuirse a dicho horizonte cultural y cronológico. Sin embargo, la potencia de los estratos con industria obliga a suponer una decidida densidad de población para esta zona.

Paralelamente hay penetración de elementos africanos, que ocuparon de preferencia toda la costa mediterránea desde el Sur (Málaga) y Sudeste, hasta el Pirineo, población que desarrolla la facies industrial *gravetiense*, muy bien documentada en todo el Levante, con yacimientos de gran categoría, como la cueva del Parpallo.

Este elemento africano no se detiene en el Pirineo, sino que penetra profundamente en todo el mundo francés, provocando el desarrollo de la fase *perigordienne*, frente al auriñaciense típico e influyendo enormemente en todo el arco mediterráneo francés, para desbordar hacia la Península italiana, iniciando una ruta que habrá de ser renovada multitud de veces en nuestro proceso histórico.

La propia fuerza de penetración de estas poblaciones gravetien-ses nos habla de manera elocuente de la densidad de la aportación étnica africana, que posiblemente deberá interpretarse como una continuada penetración de elementos y un intercambio ininterrumpido a través del Estrecho y de las costas del mediodía peninsular. Cómo se efectuaría esta penetración es un misterio, aunque cabe destacar que de nuevo se trata de una etapa de regresión marina.

Durante milenios esta población vive en el Levante español en excelentes condiciones, que nos obligan a pensar que alcanzarían una respetable densidad, constituyendo un elemento que influye de modo decisivo a la formación del substrato hispano, como ha puntualizado L. Pericot. Sin embargo, debemos hacer hincapié en la dificultad que existe de hallar este elemento fuera del área levantina, en una etapa antigua.

Adentrada la última glaciación, hace su aparición en la Península un elemento nuevo: el *solutrense*, cuyo carácter europeo oriental, que venía atribuyéndosele tradicionalmente, ha sido puesto en tela de juicio a medida que adelantan las investigaciones en suelo español, al observarse la densidad creciente de estos nuevos elementos en amplias zonas peninsulares. Podemos hoy aceptar con L. Pericot, provisionalmente, su filiación africana, si no queremos hacernos eco de las últimas tendencias que abogan por una autotonía en nuestro occidente.

A los solutrenses cabe atribuir, si no su descubrimiento, por lo menos la utilización en gran escala del arco, nueva arma que sella su superioridad sobre las poblaciones anteriores y nos explica que en determinados lugares pequeños núcleos solutrenses impongan rápidamente su dominio a poblaciones numéricamente superiores. Al mismo tiempo, cabe atribuir a los solutrenses una serie de estímulos artísticos de gran trascendencia. Como nuevo elemento se infiltra entre la población gravetiense, reforzando su africanismo y constituyendo los núcleos directivos de las unidades sociales resultantes.

Al frente de bandas guerreras recorren en todas direcciones el occidente, transmitiendo la nueva étnica de la talla del sílex, que tanto recuerda la forma achelense, de la que quizás proceda, a través del complejo ateriense. La proyección ultrapeninsular del solutrense nos interesa aquí, aunque al parecer se halla canalizada de modo distinto que la gravetiana anterior, se ve que se han producido nuevos factores, quizás climatológicos, que modelan su expansión de un modo distinto.

La aparición de la población y de la cultura magdaleniense parece responder a un verdadero movimiento pendular. Es posible que ello deba ser interpretado como un renacimiento del occidente europeo, fecundado por las aportaciones solutrenses. De hecho nos encontramos ante un conjunto de ricas manifestaciones culturales, que indican la presencia de una población unificada y numerosa, que se extiende por tierras francesas y ocupa como solar propio la zona cantábrica, iniciando desde una línea de proyección cántabro-pirenaica profundas penetraciones hacia el Sur, de cuya cuantía sólo se puede hablar conjeturalmente. Existe una clara avanzada por Levante (Seriña, Capellades, Parpalló, Gibraltar), es decir, su circulación por la orla mediterránea parece admisible.

Por occidente y sin que conozcamos su camino, podemos sospechar una infiltración hacia el centro (Manzanares), y otra, también problemática, por el litoral atlántico, hasta el Tajo. En realidad,

por los datos que se poseen, puede decirse que nos hallamos simplemente al comienzo de la interpretación de un hecho cuya trascendencia se nos escapa.

### *La etapa mesolítica*

Al llegar a esta primera Edad Media, como ha sido calificada la etapa de degradación climática post cuaternaria por un ilustre prehistoriador, el problema de la étnica española es aún más difícil. Desconocemos datos de grandes zonas peninsulares, pero con todo, podemos intentar trazar una reconstrucción. Señalemos en primer lugar un hecho de enorme trascendencia:

El Pirineo, libre de la mayor parte de su cobertura glaciaria, cambiará de función y de barrera geográfica, pasará a ser zona de refugio y conservación. Comprobamos en sus valles cómo en su extensión occidental vasca, santanderina y astur, la pervivencia de una población fuertemente enraizada en el mundo paleolítico, creadora de una cultura típica, la *aziliense*, que a pesar de ser en buena parte conservadora y arcaizante, muestra novedades como los cantos pintados, cuya interpretación es dudosa.

En el Levante presenciamos una notable supervivencia de la anterior población, casi intacta, que lentamente se retrae sobre el borde oriental de la meseta y vive en sus sierras desarrollando toda una suerte de posibilidades estéticas, que abocan a la formación de la pintura levantina, en su fase naturalista, pintura que si arranca de los estadios finales del paleolítico superior, continúa pujante y floreciente durante largo tiempo.

Esta pervivencia de la población cuaternaria de nuestro Levante, de signo indudablemente africano, aunque antiguo, es del mayor valor para la determinación de la verdadera complejidad del substrato hispánico. Cuando más tarde estas poblaciones adoptan el pastoreo que aprenden de sus nuevos vecinos neolíticos, continuarán hasta el segundo milenio con una economía mixta de pastoreo y caza, precisamente en estos territorios del borde oriental de la meseta, ocupando la zona de garriga mediterránea y desplazándose hacia el Oeste por las cordilleras centrales.

Marginalmente se desarrollan ciertas culturas en el Levante (c. de Montgri, C. Solá d' en Pep), que por el momento sólo es posible interpretar como pervivencias de formas de vida en pequeños núcleos aislados, adaptados a una estrecha economía local o bien como restos de campamentos ocasionales de núcleos recolectores y cazadores.

Caso muy distinto parece ser el que motiva en las zonas del

Noroeste y Norte peninsular la aparición de la cultura asturiense. Su verdadera filiación aparece bastante oscura debido al total desconocimiento del paleolítico superior del N. O., sin embargo la cultura asturiense se presenta hasta cierto punto tan uniforme, a pesar de su pobreza técnica, que es muy difícil que se trate de núcleos empobrecidos y adaptados a posibilidades geográficas de un medio determinado. Creemos muy posible que dicha cultura sea el patrimonio de una población fuertemente enraizada en el Paleolítico inferior, que permaneció al margen de influencias profundas durante los estadios finales del Cuaternario. El problema, tantas veces discutido, de las formas ancorenses del Norte de Portugal y Sur de Galicia, puede dar la verdadera clave de su interpretación, cuando sea establecida de modo más firme su cronología.

### *El mesolítico portugués y los concheros de Muge*

Con la mejora del clima recibe la Península nuevas aportaciones africanas, puesto que por los viejos caminos de la orla atlántica circula ahora una población que desarrollará la cultura de los concheros de Muge. Estos tienen una larga pervivencia y en ellos se dibuja ya una secuencia cronológica (Cabeço de Amoreira, Cabeço de Arruda). Sus restos muestran ya la presencia de elementos distintos: uno viejo, probablemente africano, desde el paleolítico; otro, quizás nórdico, ¿magdalenense?, y sobre ellos restos pujantes de un neo africanismo claro.

Esta población mesolítica portuguesa debió ser más numerosa de lo que actualmente podemos fijar, por el escaso número de yacimientos conocidos. Se trata, posiblemente, de la población que preparó la rápida asimilación en estas tierras ricas del bajo Tajo, de las novedades neolíticas, como la agricultura, que tuvo sin duda en ellas una de las formas primitivas de la Península.

En el área levantina, en crisis la tradicional valoración del capsienense, la nueva interpretación tiende a realizarse con la acumulación de datos (estratigráficos) de valor local, que permiten fijar variaciones cronológicas relativas, a conectar en su día con una más amplia síntesis. La excavación de la cueva del Parpalló, dada la falta, bien conocida, de los estratos superiores, dejaba un penoso vacío, que tienden a llenar otros yacimientos importantes, como la cueva de la Cocina o la de las Mallaetes. El hecho de dirigir estos trabajos L. Pericot, que realizó también la excavación de Parpalló, ha permitido ya una valoración de las mismas antes de su total excavación.

Desde el punto de vista industrial, vemos cómo unos complejos líticos, muy gravetienses, perviven microlitizando sus tipos. Formas geométricas de trapecios, triángulos, etc., abocan a la aparición de medias lunas, que reciben pronto la técnica de talla neolítica y que habrán de pervivir hasta la Edad del Bronce.

Pronto empieza a aparecer la cerámica, primero tosca e indecorada, luego con un cordón en relieve. La seriación y división en períodos de esta etapa aún no puede hacerse con carácter general. Las observaciones son poco numerosas, pero es de observar que se trata siempre del tipo de industrias que aparecen en conexión con los abrigos pintados del Levante, tanto al Sur (cuevas y abrigos de la Valltorta, de Albarracín, de Charco del agua amarga), como al Norte del Ebro (Cogul).

A este momento parecen corresponder en gran parte los talleres de sílex, al aire libre, tarraconenses, escalonados en una etapa cronológica muy larga. La interpretación etnológica de esta etapa es difícil y aunque no puede descartarse una cierta autoctonía del occidente europeo, hacia el microlitismo, que apuntaba ya en el magdalenense, por ejemplo, parece lógico aceptar una renovación del elemento africano, también en el Levante peninsular. Lo que no aparece claro es si esta renovación es anterior e independiente de las corrientes neolíticas o si es un fenómeno de contacto con ellas, pues no debemos olvidar que paralelamente al desarrollo de estas poblaciones, en las serranías levantinas, tiene su aparición en las costas mediterráneas, en las tierras bajas de los ríos, los primeros grupos de agricultores.

#### *El problema del neolítico occidental*

Las etapas de difusión mundial de las conquistas neolíticas empiezan a ser conocidas gracias a la multiplicación de las investigaciones del próximo Oriente y algunos de sus caminos permite reconstrucciones de gran valor, como el danubiano; pero para nuestras tierras el problema se presenta mucho más complejo, sin duda por el desequilibrio de datos entre la ingente masa de materiales oeste europeos, aunque en gran parte de valor científicamente muy desigual y la escasez de los que se poseen del Norte de Africa.

Sin embargo, limitando nuestras observaciones a territorios concretos, puede intentarse una reconstrucción hipotética bastante aceptable, aunque debe hacerse la salvedad de que no existiendo yacimientos con buena estratigrafía en el Levante, tendremos que acudir a territorios ciertamente alejados, como la Liguria, para hallar secuencias estratigráficas en las que apoyarnos con el mar-

gen de error que siempre existe en estos casos. También habremos de acudir al método tipológico comparativo, cuya deficiencia no nos escapa, pero que por el momento es insustituible.

Los primeros núcleos de agricultores neolíticos aparecen concentrados en el sudeste peninsular en pequeñas agrupaciones de chozas o rudimentarios poblados. Sus restos nos indican que nos hallamos en presencia de una población en parte deudora de la economía cazadora anterior. Estos pueblos circulan por la orla mediterránea, ocupando las tierras flojas de las orillas de los ríos, en los que desarrollan una incipiente agricultura de azada, con un utillaje típico, en el que aparece de modo regular la piedra pulimentada. Destaca el uso frecuente del hacha, necesario en la lucha contra el bosque que debió cubrir estas zonas levantinas por razones climáticas. El hombre neolítico del Levante español comienza la deforestación milenaria que nos ofrece el actual paisaje mediterráneo. El hacha y el fuego crean las parcelas necesarias para la nueva economía y los pastos requeridos por el ganado y ello acarrea la formación del bosque degradado, tan típico. Los ríos y torrenteras (rasas) son los caminos utilizados para la circulación desde la costa a las alturas medias interiores, que paulatinamente van colorizándose.

La penetración neolítica hacia el interior es bastante tardía y su contacto con la densa población, que vivía retraída en las sierras, contribuye sin duda a transformarlos de cazadores en pastores, aunque sin abandonar sus actividades cinegéticas. El contacto viene señalado por la aparición entre éstos últimos de la cerámica que hallamos de golpe en un conjunto industrial que nada ha perdido de sus anteriores características mesolíticas.

Hallamos, pues, en el Levante, dos elementos yuxtapuestos: uno que constituye la población agricultora recién llegada, que con una economía favorable aumentará rápidamente, y otro, por los antiguos elementos de cazadores mesolíticos, de raíz epigravetiense, con una economía también nueva, pastoril, perfectamente adaptada al medio en el que vive y que continúa pintando los abrigos bajo roca de los riscos del Levante.

Esta población pastora inicia ahora un desplazamiento de gran interés, que puede seguirse perfectamente por la dispersión de la pintura, en parte naturalista o seminaturalista. A lo largo de las cordilleras que arrancan del sistema ibérico, por el noeeste hacia las serranías sorianas y cordillera central, más al Sur, por Sierra Morena. Este movimiento lleva a los pastores levantinos hasta las propias playas atlánticas. La meseta, durante esta etapa, debemos figurárnosla prácticamente despoblada, cubierta de un manto de bosque

favorecido por el óptimo postglaciar, que sólo la fijación de núcleos de población más tarde conseguirá reducir.

Estos pueblos pastores, aparte del área señalada, circularon por la cadena costera catalana, alcanzando al Norte del Pirineo la zona de garrigas languedocienses y constituyen también un indudable factor de neolitización del Occidente y es muy posible que el Sur de Francia reciba incluso primero esta corriente ganadera antes de la aparición de la agricultura que sólo en un momento más tardío hemos de ver. En estos territorios traspirenaicos se iniciará el contacto, en un momento avanzado, con los núcleos campañienses, a los que sin duda sirve, en parte, de estímulo.

#### *La neolitización del noroeste.*

En el norte y noroeste peninsular, del Duero al Bisadoa, aparecerá otra manifestación cultural del neolítico, el *asturiense*. Su interpretación humana es muy difícil, así como fijar su duración. Nos parece demasiado sencilla la interpretación habitual de ser el asturiense una cultura residual de poblaciones arrinconadas y empobrecidas. De hecho, se trata de unos pueblos perfectamente adaptados a un medio fácil y a una economía rica de recolección de mariscos y pequeña caza, sin estímulos exóticos. Su uniformidad en toda el área cantábrica sugiere la larga perduración y probablemente de un modo insensible esta población recibe aportaciones neolíticas de otras esferas (como la cerámica), sin que pueda suponerse una extinción o un cambio en estas poblaciones, que constituirán el verdadero substrato del noroeste y norte peninsular. Si tenemos en cuenta que la zona cantábrica atlántica constituía uno de los caminos de circulación paleolítica, podemos aceptar hipotéticamente que la llegada de elementos culturales neolíticos entre estas poblaciones norteñas (cerámica, pulimento de la piedra, agricultura) tiene lugar preferentemente por la orla occidental atlántica, desde los núcleos agricultores y cazadores del bajo Tajo, herederos de los mesolíticos de Muge.

En la zona del Río Maior, al norte del Tajo, toda una serie de yacimientos descubiertos por el profesor Heleno, muestran una industria lítica microlítica, que procede de una tradición mesolítica, al parecer distinta de los concheros del Tajo y que muy bien podría considerarse en parte como patrimonio de los primeros agricultores, puesto que presenta cierta semejanza con la industria lítica, más primitiva, de los poblados de Almería. Sin embargo, la falta de una publicación adecuada impide su plena valoración.

*La unidad cultural del occidente mediterráneo.*

La cultura de los pueblos pastores levantinos, aparte del área que les hemos señalado, se extendió al norte del Ebro, en las tierras de media montaña de su ribera izquierda, y por un lado, a lo largo de la cadena costera catalana, hasta el sur de Francia, ocupando la garriga del Languedoc, que se prestaba admirablemente a su economía pastoril. Se iniciará en esas tierras el contacto con núcleos campañienses y su cultura material adquiere su sello característico.

Por el valle del Ebro, la población pastoril ocupa las tierras prepirenaicas de (Lérida, Huesca, Zaragoza y Navarra) contribuyendo poderosamente a la formación de la étnia pirenaica, en la que interviene también la población residual aziliense.

Al mismo ritmo de la población pastoril y quizás como causa directa de sus movimientos, la colonización agrícola se extiende por todo el Levante (donde se la conoce, entre otras manifestaciones, por la cerámica cardial), alcanza el Pirineo oriental, que desborda y ocupa en la zona mediterránea francesa, por lo menos hasta el Ródano, en un momento antiguo. Más tarde lo rebasará, ocupando la Liguria, donde estas poblaciones entran en contacto, probablemente en un momento ya muy avanzado, con otra colonización agrícola procedente de la corriente centroeuropea. La división en dos grupos neolíticos levantinos: uno con cerámica cardial o incisa, más antigua, y otro con cerámica lisa, es muy posible; pero los datos estratigráficos son aún muy escasos y sólo de valor local para decidirlo.

Existe, por consiguiente, en un momento neolítico, una gran uniformidad cultural en todo el arco occidental del Mediterráneo, desde el sudeste hispano hasta el Ródano, ocupadas las zonas bajas por una población de agricultores, y tras ellos, hacia el interior, poblaciones pastoras. La diversa economía y medio contribuye a diferenciar culturalmente ambos grupos, entre los que étnicamente apenas se puede apreciar diferencia alguna.

Las etapas de desarrollo cultural interno de estas poblaciones no pueden fijarse con rigor. Entre la población de agricultores se observan áreas definidas, con matices propios, dentro de una cierta unidad general. Así, por ejemplo, predomina el rito sepulcral de la inhumación individual, que en algunas zonas (grupos de los sepulcros en fosa de Cataluña) se mantiene muy pura hasta épocas avanzadas, indudablemente postneolíticas.

En las cerámicas se observa el abandono progresivo de las decoradas con *cardium* o simplemente incisas, por las cerámicas lisas, que se imponen, como regla general, hasta el pleno desarrollo de la metalurgia peninsular, que con el vaso campaniforme provocará la reaparición del gusto por las cerámicas decoradas.

*La pérdida de la unidad cultural levantina.*

Dos hechos contribuyen de modo decisivo a romper el equilibrio de las culturas mencionadas y la señalada unidad de Almería al Ródano. Por un lado, el avance del clima seco suboreal impide la progresión de los agricultores levantinos hacia el interior y los acantona en territorios muy limitados. Pero el factor decisivo lo constituye el estímulo mediterráneo, que tiende a valorar la riqueza minera española y provoca en último término el desarrollo de la civilización megalítica andaluza.

Este estímulo mediterráneo se manifiesta pujante tanto en el sudeste como en el Pirineo (Rosellón y Ampurdán). En esta última zona la llegada de nuevos elementos por vía marítima se documenta claramente por un cambio radical, por un abandono de tradiciones sepulcrales, con la adopción de un ritual típicamente mediterráneo, de enterramientos por inhumación colectiva en cuevas culturales y en galerías megalíticas, en esencia cuevas funerarias construidas artificialmente.

Pero lo que resulta interesante es observar cómo ese impacto mediterráneo en el Pirineo oriental escinde en dos el área, antes uniforme, de la cultura agrícola levantina. Un grupo peninsular en levante y otro al norte del Pirineo. Este continúa viviendo con gran potencia y homogeneidad y este es el momento en que de su propia tradición, sin nuevas aportaciones, transforma y enriquece su cultura, dotada de gran fuerza expansiva, salta por encima de la vieja frontera del Ródano, penetra en Liguria y se superpone a la civilización de inspiración danubiana (la de los vasos de boca cuadrada) e influye poderosamente hacia el centro de Europa por los pasos de los Alpes y las cuenca del Saona y Ródano (culturas de Cortailod y La Lagozza, más tardías que su base originaria levantina española).

Este movimiento de la población del Mediterráneo occidental hacia norte y oriente, tiene su interés, porque será renovado en una etapa más tardía con la transmisión del vaso campaniforme.

Las causas de este movimiento hacia Italia son complejas. A nuestro entender deben interpretarse como una presión de la antigua población pastoril que habitaba las zonas trascosteras (garri-gas), a que nos hemos referido antes y que al parecer, en contacto con los nuevos estímulos mediterráneos (megalíticos de los Pirineos orientales, cuyo ritual adoptan), tienen un momento de apogeo (clima suboreal) y expansión, provocando un movimiento tangencial de la cultura agrícola de Cortailod Lagozza hacia el este, que resbalando por la ladera alpina penetra profundamente en Italia.

El área meridional peninsular de la antigua población levantina (de Almería al Pirineo) sufre una transformación en un sentido di-

verso. Presionada por ambos extremos penetrará por la cuenca del Ebro, llegando a influir en la formación de la cultura pirenaica típica, pero cambiando algunas de sus esencias y en primer lugar su ritual funerario, adoptando la inhumación típica mediterránea en cueva. Esta destacada influencia de las culturas marginales mediterráneas puede seguirse por multitud de elementos, puesto de relieve por L. Pericot (brazales de pecten, cuentas diminutas, etc.), Todo ello es claro indicio de que en la Península se ha superado definitivamente la etapa de estímulo norteafricano, substituído por una orientación decisivamente mediterránea. Con ello entramos en otra gran etapa de nuestra prehistoria: la Edad del Bronce.

*La aparición de la metalurgia en España y su significación.*

La riqueza minera del suelo español tiene importancia decisiva para explicar el desarrollo cultural peninsular a fines del tercer milenio. Ignoramos aún por cuáles caminos concretos llegó a nuestras costas el conocimiento de la metalurgia. Descartada la vía norteafricana, cabe sólo admitir un camino mediterráneo, vago, difícil de sistematizar y aun de documentar, para los primeros momentos.

Sin embargo, es evidente que el desarrollo de la metalurgia coincide con la introducción de ritos sepulcrales mediterráneos, inexistentes hasta entonces en nuestro suelo (inhumaciones colectivas, de grupo o clan), que caracterizan la formación de la civilización megalítica andaluza.

Vemos ahora en el sudeste un pueblo establecido en posiciones de fácil defensa, que aprovecha las colinas recortadas por el abarrancamiento de los torrentes almerienses, las ramblas, y no en la misma costa, sino a cierta distancia, hacia el interior (Los Millares, etcétera). Ellos representan el primer intento occidental de cultura urbana.

Pronto estos grupos culturales irradian hacia el interior, hacia las regiones mineras del alto Guadalquivir y desparraman su influencia por toda la costa, hasta el sur de Portugal. ¿Cuál es el sentido histórico y político con que deben enjuiciarse estos nuevos elementos mediterráneos? Creemos firmemente que se trata de una colonización de metalúrgicos y aventureros del Mediterráneo oriental, y si comparamos este momento con las posteriores colonizaciones históricas de púnicos y griegos y observamos la reacción indígena, tendremos un punto de paralelismo firme para interpretar rectamente el verdadero carácter de las aportaciones mediterráneas a fines del tercer milenio y la cultura megalítica resultante.

Como en las colonizaciones históricas, no se trata de la llegada de grandes contingentes coloniales, pero sí de pequeños grupos que,

floreciendo en las zonas inmediatas a las costas, atraen por su superior cultura a la población indígena, a la que organizan en provecho propio, es decir, en provecho de unos grupos directivos, que si en un principio son indudablemente forasteros, a las pocas generaciones, por lógicos cruces, se han convertido estrictamente en núcleos peninsulares. Sólo de este modo se explican satisfactoriamente la gran influencia ideológica entre las poblaciones interiores y los desarrollos autónomos de grupos sepulcrales megalíticos y de ideas religiosas (pintura esquemática, ídolos, etc.), que si su origen se rastrea en el Mediterráneo sólo aquí, en el occidente, tienen su más espléndido desarrollo.

El aprovechamiento intensivo de la riqueza minera provoca el desarrollo de núcleos más occidentales (Huelva-Sevilla-Algarve) y la puesta en valor de todo el valle del Guadalquivir, pero ello supone necesariamente el contacto permanente con unos mercados orientales que sostienen la nueva economía.

El cuadro social no debe estar muy alejado del que tantas veces se producirá históricamente en los mismos territorios meridionales: una masa de agricultores convertida en el elemento más permanente y sostenido por una rica ganadería, una minoría técnica minera que utiliza ya quizás mano de obra forzada y una clase dirigente negociante, que mantiene relaciones más o menos activas con el oriente mediterráneo. Las construcciones monumentales andaluzas, sólo comparables a las grandes construcciones orientales, sugieren la existencia de una casta de esclavos que también aparecerá documentada en la misma región, en los albores de la historia, propiamente dicha.

En esta cultura megalítica andaluza se reciben estímulos y aportaciones mediterráneas de orígenes distintos, como es lógico suponer en una sociedad que mantiene un constante contacto marítimo con el Egeo. Han sido señalados elementos cicládicos, anatólicos, chipriotas y aun egipcios; ello indica la constante relación y quizás una cierta dualidad, originaria, de los elementos que crearon primariamente dicho foco cultural. Si resulta harto difícil diferenciar, por ejemplo, las aportaciones púnicas de las griegas, en la más primitiva etapa de la colonización histórica, se comprenderá que, dado el estado actual de la investigación, debemos limitarnos a intentar reconocer el origen de algunas aportaciones materiales.

Sobre la densidad de la aportación mediterránea, desde el punto de vista étnico, no existen elementos de juicio suficientes y no debe despistarnos, para supervalorarlo, su honda influencia cultural. Son rasgos que debemos atribuirles el urbanismo o semiurbanismo, con su organización social; la técnica del trabajo minero, las nuevas ideas

religiosas y funerarias, y probablemente, importantes influencias lingüísticas, por lo menos en lo que se refiere a técnicas y a su peculiar estadio cultural. La cultura megalítica andaluza, desde el punto de vista arquitectónico, es menos deudora de la técnica que de la ideología del Mediterráneo oriental.

La metalurgia del cobre y de la plata, y subsidiariamente del oro, explica de este modo la gran área cultural megalítica del sur y occidente peninsular, pero de hecho se trata de una manifestación mucho menos uniforme de lo que su carácter de megalítica, a primera vista, parece sugerir. La extensión del megalitismo hacia occidente y su progresión por la orla atlántica, hasta el noroeste, norte e incluso el Pirineo occidental, no debe entenderse como un fenómeno de migración, sino la adopción gradual de unos ritos rodeados de gran prestigio y acompañados de determinados elementos culturales y al mismo tiempo un fenómeno progresivo de barbarización de la cultura inicial, a medida que se adopta en regiones más y más apartadas.

Este empobrecimiento se manifiesta tanto más patente a medida que se avanza hacia el interior o hacia el norte, y únicamente las zonas con fácil comunicación marítima mantienen tradiciones más puras. Ello se ve muy claro con el análisis de los tipos constructivos megalíticos y con las diversas soluciones que florecen en áreas determinadas. Por esta misma razón no son estrictamente sincrónicas todas las manifestaciones megalíticas peninsulares. La extensión hacia el noroeste está estrechamente unida a la puesta en valor del estaño para la producción del bronce, hecho que estrictamente no supone otra novedad que la fertilización de esas zonas y su transformación en regiones activas, transmisoras a las costas atlánticas europeas de ideas y técnicas mediterráneas. El comercio atlántico sostiene y civiliza la cultura megalítica occidental hasta un momento muy tardío, en que decae el foco megalítico andaluz, por haber perdido los mercados del Mediterráneo oriental (al final del Heládico medio II), por la intromisión de los aqueos en la esfera marítima egea.

El occidente y noroeste peninsular no llegaron a asimilar la cultura semiurbana del mediodía. Entre ambas regiones existe una gran diferencia en sus bases económicas. Mientras en el sur la agricultura es básica y el pastoreo subsidiario, los términos se invierten en el noroeste, donde la población se mantiene principalmente pastora, como corresponde a sus características morfológicas y climáticas. Incluso cabe suponer que en el noroeste la actividad minero metalúrgica nunca estuvo organizada como en el sur (hasta época

romana), sino que fué una actividad especializada de ciertos grupos, quizás aún étnicamente distintos.

*Influencia de la cultura megalítica andaluza.*

Ya hemos indicado el abandono, en la región levantina, del antiguo ritual de la inhumación individual y la adopción de la cripta sepulcral colectiva. La causa de que en el Levante no se adopte el tipo de construcción megalítica permanece en el misterio. Nos inclinamos a pensar que ello supone la diferencia de etnia básica, pero esta explicación no nos satisface plenamente, pues vemos en Levante, como existen influencias bien claras del área cultural megalítica (ídolos de Navarrés y de la cueva de la Pastora). Es muy posible que exista entre Sur y Levante una honda diferencia cultural y política, basada en distinta economía y quizás acentuada por la pobreza de recursos mineros en Levante. Sin embargo, la influencia comercial del Sur es evidente.

Gran influencia ejerce la cultura megalítica andaluza sobre la población pastora de raíz mesolítica, que habitaba en el reborde montañoso meridional de la Meseta. Esta población adopta el ritual dolménico, aunque en proporciones más reducidas, pero la influencia espiritual es muy grande y favorece el proceso de abstracción que conduce a la aparición de la pintura rupestre esquemática. Este arte, que florece en pleno segundo milenio, si desde un punto de vista técnico y geográfico puede relacionarse con el arte seminaturalista anterior, está muy lejos de constituir una evolución del mismo, pues posee unas bases ideológicas completamente distintas, en estricta dependencia del estímulo mediterráneo, a través del foco andaluz. El nomadismo singular de estas poblaciones ganaderas explica la extensa área cubierta por el arte esquemático peninsular.

*El problema de la cultura pirenaica.*

Hemos visto cómo en el Pirineo perduraba un elemento básico muy arcaico de raíz paleolítica (aziliense) y cómo se matizaba por grupos de neolíticos, agricultores levantinos, en el Pirineo oriental, y mayormente por las poblaciones pastoriles trascosteras, en su progresión hacia las serranías prepirenaicas. El Pirineo moldea a sus moradores y con esa pluralidad de elementos se constituye un substrato relativamente uniforme, que alcanzará prácticamente incólume el primer milenio.

Al Pirineo oriental llega, lo hemos visto ya, un estímulo mediterráneo análogo al que recibió el sudeste español. Como consecuencia, la población pirenaica adopta el ritual megalítico. No sabemos hasta qué punto se puede hablar de la intrusión de un elemento ét-

nico mediterráneo en el Pirineo. Al parecer, y a pesar de la influencia indicada, las posibilidades económicas, más limitadas aquí que en el sur, impiden la formación de un foco cultural de potencia comparable y en consecuencia se puede admitir que el estímulo mediterráneo no fué renovado ni mantenido en estas zonas, pero en todo caso, apartir de este momento el Pirineo se ha convertido en una verdadera unidad cultural, a caballo de una realidad geográfica.

Este es, a grandes rasgos, el panorama cultural y humano que nos ofrece la Península ibérica, a mediados del segundo milenio. Una cultura megalítica andaluza muy rica, sostenida por un comercio de exportación, realizada por una sociedad estratificada, con una organización política y social paralela a ciertos estados mediterráneos; una proyección occidental de este foco, que origina la formación de núcleos menos potentes, pero ricos, en Portugal y luego en el noroeste. Desde la periferia penetra este tipo de cultura hacia el interior, a lo largo de los valles fluviales. En las serranías centrales, una población pastoril continúa pintando los abrigos rocosos bajo la influencia de nuevas ideas religiosas. En el Levante, la cultura agrícola levantina se enriquece y sin grandes modificaciones acepta en las zonas llanas nuevas ideas, mientras en la montaña perviven los antiguos pastores. En el norte, en fin, los pueblos del Pirineo, adoptando el ritual megalítico, se refunden y unifican.

*El vaso campaniforme y su valor económico y social.*

Entre estos grandes grupos hay un elemento de contacto del máximo interés: el vaso campaniforme. Técnicamente nace dentro de un área muy generalizada en el Mediterráneo (cerámica con decoración incisa en crudo, con incrustación de pasta blanca o roja), técnica que puede señalarse desde Ugarit al Atlántico. Pero la creación específica del vaso campaniforme y la plasmación en unos tipos determinados de vasijas, creemos es plenamente hispánica. Su foco originario concreto, sin que aquí nos interese demasiado, pudo darse entre el sudeste y el mediodía peninsular. Mucho se ha escrito sobre el vaso campaniforme en España y fuera de ella, pero con los datos estrictos que poseemos puede decirse que la idea de una creación vinculada a un elemento étnico concreto, en España debe rechazarse. Se trata, sin duda, de un tipo de cerámica que gusta y se impone, se exporta y se imita por doquier, y que responde esencialmente a dos tipos distintos, en cuanto a su decorado; un tipo de zonas puntilladas y otro con decoración geométrica, ambos coexisten durante un cierto tiempo, para acabar desapareciendo el primero en provecho del último, que pervive mucho más tiempo debido a la facilidad de ser imitado en alfares locales, mientras los

vasos puntillados eran más difíciles de imitar. El verdadero valor del campaniforme estriba en el hecho de que por coincidir en áreas culturales distintas permite establecer correlaciones entre ellas; por lo demás, su importancia ha sido exagerada en la Península.

Se trata de un elemento que no está conectado con lo megalítico y que sin embargo aparece en el ámbito de su cultura, que no pertenece al complejo levantino, aunque éste también lo adopta, que hallamos igual en la Meseta, en el ámbito pirenaico o en el noroeste. A nuestro entender, los dos tipos tienen orígenes distintos y caminos de circulación diferentes, aunque en ocasiones se entrecruzan. El puntillado, con un área de circulación preferentemente marítima, es el que predomina en Levante, Almería, Sicilia, Cerdeña y que hallaremos en Portugal y costa gallega, sin faltar en el interior de la Meseta. Es el tipo que tanta trascendencia alcanzará en los caminos de Europa central. El geométrico posee una circulación interior; es tipo más local. En realidad parece que la circulación de éste último puede explicarse simplemente por los movimientos de los pueblos pastores, a los que atribuimos el arte rupestre esquemático, aunque, como es lógico, los mayores focos de desarrollo corresponden a las comunidades agrícolas sedentarias, para las que la cerámica constituye uno de sus elementos básicos. Por el contrario, creeríamos el tipo puntillado más conectado con elementos comerciales y mineros.

#### *El desarrollo del Bronce medio.*

Avanzado el segundo milenio, el equilibrio de las culturas peninsulares se altera sensiblemente y en primer lugar se estancan y empobrecen los ricos focos culturales megalíticos del sur, desplazándose el centro de gravedad hacia las tierras occidentales portuguesas y del noroeste, sostenido por la apertura de las rutas de navegación atlánticas, mientras aparece en el sudeste un nuevo foco: el argárico, que desarrolla propiamente la cultura del bronce medio peninsular.

Esta pérdida del *statu quo* ibérico de la primera Edad del Bronce es reflejo lejano del desequilibrio político y económico del Oriente mediterráneo, provocado, en primer lugar, por los movimientos de los hicsos hacia Egipto, y luego, por la formación de los estados aqueos.

En determinado momento la relación entre el mediodía peninsular y el Egeo, se interrumpe, es decir, se pierde el mercado mediterráneo, y en consecuencia, los núcleos andaluces se empobrecen. Cierta compensación se obtiene con la explotación de las rutas atlánticas, pero ello, si contribuye a desplazar el centro de grave-

dad económico hacia el oeste, no substituye al poderoso foco andaluz, ya que el verdadero continuador de la cultura andaluza del bronce inicial y renovador de los contactos mediterráneos, pasará a ser el sudeste, con el desarrollo subsiguiente de la cultura argárica.

La cultura del Argar, como manifestación uniforme, cubre las provincias de Murcia, Almería, Alicante, Albacete y parte de Granada, pero impondrá una verdadera moda en ciertos aspectos a toda la Península.

Económicamente, la cultura del Argar se caracteriza por una base agrícola, técnicamente por una metalurgia pujante, y desde el punto de vista religioso, por el abandono de las concepciones e ideas que caracterizaban el bronce inicial. Desparecen los ídolos, fetiches y símbolos, que tanto abundaban en la etapa anterior, así como los enterramientos de familia o clan, para reanudar la vieja tradición neolítica de la inhumación individual en cistas o en jarras, en el subsuelo de las viviendas. El proceso es análogo al que sucede en Grecia y Creta, donde vemos que al final del Minoico medio II, se substituyen los enterramientos colectivos por inhumaciones individuales en cistas o tinajas. Este paralelismo permite fechar el desarrollo inicial argárico, después del 1.700, a. C.

Un grupo de ricos poblados (Argar, Oficio, Lugarico Viejo etcétera) dan a conocer la cultura argárica y en particular su extraordinario empuje técnico metalúrgico. Hachas, espadas, puñales, escoplos, lanzas, sierras, etc., se fabrican en gran número, lo que indica que sólo ahora se ha generalizado en occidente el uso del metal. Tal riqueza es el resultado de la reapertura de las rutas mediterráneas, después de la instauración en Egipto de la dinastía XVIII. Cuando el metal de occidente se hace menos preciso en el Egeo, es necesario crear mercados en el Mediterráneo central y la cultura argárica responde inicialmente a esa necesidad.

En el sudeste y Levante de España, la cultura del Argar tiene una larga etapa de pervivencia, aunque se empobrece a la par que se desarrollaba el potente foco metalúrgico gallego. La población del Argar, matizada por las poblaciones indoeuropeas y fecundada por las colonizaciones púnicas y griegas, desarrollará la brillante civilización ibérica del primer milenio.

La cultura del Argar impondrá el gusto por la cerámica lisa en muchas regiones peninsulares, entre otras causas por responder a una moda de sobriedad que es general en la época (Aunjetic, Polada, etc.) y desaparece, tanto la cerámica pintada, como la barroca decoración del vaso campaniforme del bronce inicial, que sólo se mantendrá en franca decadencia entre las poblaciones pastoriles de

la Meseta, hasta enlazar tardiamente con gustos y modas introducidos por pueblos europeos en el Bronce final.

*El Pirineo y la cuenca del Ebro, a partir de mediados del segundo milenio.*

Mientras en casi toda la Península la cultura argárica ejerce con mayor o menor intensidad su influencia, en el norte del Ebro y más propiamente en el marco de la cultura pirenaica, las influencias que ahora se ejercen son de signo distinto. Desde la Liguria y norte de Italia, las cerámicas características del grado cultural de Polada avanzan sobre la Provenza y sur de Francia, matizando la cultura pirenaica. La densidad de los hallazgos, hasta la línea del Ebro, desbordando incluso el área de la primitiva cultura pirenaica, permite suponer que ello representa la llegada real de núcleos de población forastera que desarrollan una cultura del bronce muy paralela al florecimiento de la civilización argárica y preludia los movimientos de pueblos que traen a nuestras tierras los urnenfelder y posteriormente la cultura hallstática normal.

*La decadencia del bronce medio.*

A principios del segundo milenio, el clima seco suboreal obliga la población pirenaica al máximo aprovechamiento de los pastos de verano. Por ello, los sepulcros megalíticos alcanzan elevadas cotas (hasta 2.000 metros; muy numerosos, entre 1.400 y 1.700 metros). Al propio tiempo, la población de la Meseta tiende a concentrarse más y más hacia las regiones atlánticas, en las que se observa un gran incremento de población, que no es ageno al desarrollo económico y cultural de estas regiones durante el bronce final, mientras la Meseta, prácticamente, se despobla.

En el sudeste la sequía debió ser extrema, haciendo imposible el desarrollo normal de la economía agrícola, y contribuyendo, sin duda, a la decadencia de las comunidades argáricas. La intensa deforestación, motivada por un milenio de necesidades metalúrgicas, contribuía a la acentuación del régimen seco y a la creciente esterilidad de la tierra, con lo que de nuevo el centro de gravedad se desplaza hacia las tierras bajas, irrigadas, del Guadalquivir, que muy pronto habrán de recibir nuevos estímulos mediterráneos con la llegada de los elementos tartésicos, cuya fecha inicial no estará muy alejada del movimiento general de los pueblos del mar y de las fechas tradicionales de la fundación de Gades.

Este estímulo mediterráneo actuará de hecho sobre unos territorios preparados desde hacía un milenio, para recibir un tipo de or-

ganización urbana, con todas sus consecuencias sociales y políticas, y ello nos explicará perfectamente el papel de Tartessos y su resonancia mediterránea. Por el contrario, el florecimiento argárico había favorecido el localismo en el levante y había contribuido a aglutinar el elemento indígena, y lo propio ocurrió en el noroeste.

*El bronce final.*

Una zona rica, Andalucía, con tradición semi urbana de un milenio y con una organización que hemos de suponer decadente, pero viva aún, era el campo ideal para la formación de un poder político fuerte: el de Tartessos y sus reyes. El hecho puede paralelizarse con el que representa para Creta la instauración del predominio de Cnosos. El hecho tartésico no es nuevo. La reestructuración de los países del Mediterráneo oriental, después de los movimientos de los pueblos del mar y de la invasión doria en Grecia, hace necesario y posible el comercio del metal de occidente. Tartessos, como antes la cultura megalítica andaluza, hace de intermediario. Ello provoca indirectamente el florecimiento del noroeste peninsular, que en contacto, ahora bien estrecho, con los países atlánticos europeos, crea una singular cultura del bronce final, basada en el beneficio del estaño, que pervivirá en la región durante mucho tiempo, empobreciéndose más tarde, al quedar el área del noroeste aislada del mediodía peninsular, cuando los pueblos indoeuropeos, con su economía del hierro, invadida la meseta, gravitan hacia el sur y ocupan el sudeste peninsular, para acabar aniquilando el poderío tartérico, dando pie con ello a que los colonizadores púnicos sienten las bases de la primera cultura histórica.